

reposar un poco sus fatigados miembros, sostenerse á flote, y ganar la lejana orilla. Despues de haber dado gracias al Autor de su salvacion, auxiliado por la caridad pública, pudo llegar á Lisboa, donde sabia que debía encontrar varios compatriotas suyos, entre los cuales tuvo la dulce satisfaccion de abrazar á su hermano segundo, Bartolomé Colon.

## CAPÍTULO II.

PROGRESO MARÍTIMO DE PORTUGAL DEBIDO Á LOS ESFUERZOS DEL INFANTE DON ENRIQUE.

—ESTANCIA DE COLON EN LISBOA.—SU MATRIMONIO CON LA HIJA DE UN NAVEGANTE.  
—SU VIAJE Á CANARIAS, Á LAS AZORES, Á LA COSTA DE ÁFRICA.—COMUNICACION DE SU PROYECTO AL SABIO FLORENTINO PABLO TOSCANELLI.—SUS PROPOSICIONES DE DESCUBRIMIENTO Á GÉNOVA, VENECIA, PORTUGAL.—TENTATIVA DE LA CORTE DE LISBOA CONTRA EL PLAN DE COLON.—OFRECIMIENTOS DEL REY.—NOBLE NEGATIVA DE COLON.—SU HUIDA SECRETA.—SU LLEGADA Á GÉNOVA.—REITERA EN VANO SU PROPOSICION AL SENADO.—SU PARTIDA PARA ESPAÑA.

### § I.

El reino de Portugal se hallaba demasiado reducido dentro de sus limites territoriales, y hacia ya cerca de medio siglo que buscaba acrecentamiento allende los mares. Habia aumentado su dominio con varias islas situadas en el seno del Océano, léjos de las costas conocidas. El éxito obtenido no representaba la suma de los esfuerzos de varios reinos: debíase á la sola voluntad de un príncipe, que, colocado cerca del trono sin desearlo, se dedicaba únicamente á servir á Dios y á su patria.

Un filósofo frances ha observado con razon que todos los grandes navegantes fueron cristianos. El príncipe que dió el primer vuelo á la navegacion por el Océano, era tambien un verdadero cristiano.

Hijo del rey don Juan I, el infante don Enrique, duque de Viseo, Gran Maestre de la Orden del Cristo, deseaba procurar á sus caballeros la gloria en este mundo y la felicidad eterna en la otra. Siendo todavía muy jóven, se habia distinguido contra los moros africanos, en las murallas de Ceuta; más adelante, creyó que valía más convertir que destruir. Á pesar de su calidad de Gran Maestre de una Orden fundada para combatir á los musulmanes, enemigos de la ley de Jesucristo, se creyó más obligado á someterlos á la suavidad de ese yugo que á extender los Estados de los Reyes sus antecesores. Pensaba en propagar el Evangelio entre los

mahometanos é idólatras que poblaban las costas poco conocidas del Africa occidental.

Habiéndose retirado don Enrique lejos del ruido de la corte, en los Algarbes, en el fondo de una ensenada del cabo Sacrum, llamada vulgarmente Sagres, en una eminencia pintoresca, donde la vista domina el mar á lo lejos, hizose edificar allí un palacio adecuado para el estudio de la cosmografía. En la paz de la soledad, se dedicaba aquel noble talento á las matemáticas y á la astronomía, formaba una biblioteca náutica, procurábase relaciones de los viajes de que habia oido hablar, hacia traducir manuscritos árabes, llamaba á su lado á los hombres expertos en las cosas de la marina, y convertía su régia morada en escuela náutica. Instituyó un consejo de hidrografía que hizo presidir por un cosmógrafo muy afamado entonces por sus mapas, sus perfeccionamientos de la brújula y su reciente empleo del astrolabio, el célebre mallorquin, Jaime Ferrer, conocido en Portugal con el nombre de Maesse Jacome (1). La munificencia del príncipe le habia determinado á abandonar la isla natal para establecerse á su lado. Hasta entonces, toda la navegacion consistia en seguir la direccion de la costa, y guiarse segun los puntos de reconocimiento que en ella se tomaban; pero cuando se decidieron á navegar perdiendo un poco de vista las costas, se reconocieron los yerros y las equivocaciones que, en el espacio de cada veinticuatro horas producen los fenómenos del mar en la marcha de los buques. Don Enrique buscó un remedio á esta notoria imperfeccion. Los generosos sentimientos del príncipe le hicieron emprender, por cuenta propia, expediciones de descubrimientos. El Gran Maestre de la Orden de Cristo habia tomado por divisa estas palabras francesas: «talent de bien faire,» que despues se vieron tan frecuentemente grabadas en todos los países descubiertos bajo sus auspicios (2).

Dos veces habia enviado don Enrique, durante el año 1419, á navegantes que reconocieran y doblaran el cabo *Non*, que ningun navegante se habia atrevido á traspasar, y que era considerado como el término de las tierras inhabitables. ¡El cabo *Non*! Este nombre desconsolador indicaba bastante que no se le doblaba. Detrás de sus escollos eternamente azotados por la rompiente de las espumantes olas se hallaba lo desconocido rodeado de espanto. El año siguiente envió el príncipe á Juan González, Zarco y Nuño Tristan Vaz para explorar la costa africana, allende el cabo *Non*. Pero arrojados por la tempestad, se hallaron empujados hácia occidente á una isla desconocida, á la que dieron el nombre de *Porto Santo*. Muy luégo descubrieron otra isla que llamaron *Madera*. Tres años despues, fué descu-

(1) João de Barros, *Da Asia*, década 1, lib. I, XVI.

(2) Lafiteau, *Historias de los Descubrimientos y Conquistas de los Portugueses en el Nuevo Mundo*, lib. I, cap. v. y vi.

bierto y explorado en los meses siguientes, un cabo formidable, vagamente sospechado por los navegantes, el cabo Bojador. De año en año adelantaban los portugueses en la costa occidental del África.

La acogida que el príncipe reservaba á todo hombre hábil en la navegacion, atraía á Sagres á pilotos distinguidos de diferentes países. El veneciano Luis de Cadamosto, y el genoves Antonio de Nola entraron á su servicio. Entonces fué cuando los osados capitanes Gonzalo de Cintra y Fernández Dionisio rivalizaron en celo. Muy luégo se descubrió el cabo Verde, y el año siguiente Luis de Cadamosto y Antonio de Nola reconocieron las islas cercanas, á las que dieron el nombre de cabo Verde, que tan mal llevan, como ántes que nadie observó Cristóbal Colón. De allí avanzaron hasta el cabo Rojo.

No obstante, el descubrimiento de nuevas tierras y el engrandecimiento de Portugal no eran el único objeto de la perseverancia del príncipe. El Gran Maestre de la Orden de Cristo estaba animado de un celo ardiente por la propagacion del Evangelio. Desde el año 1445 habia mandado fundar en el rio de oro, *Rio d' Oro*, un establecimiento protegido de una fortaleza, á fin de que se pudiera por este medio comunicar con el interior del país y trabajar en la conversion de los indígenas (1). El infante don Enrique envió cerca del Sumo Pontífice, el papa Martin V, al noble Fernando López de Acevedo, caballero de su Orden, para exponer al Vicario de Jesucristo el objeto de los esfuerzos del infante y llamar sobre él las bendiciones de la Iglesia. Acevedo representó á Su Santidad «que el principal motivo propuesto en sus trabajos era la gloria de Dios y la dilatacion de la fé (2).»

La Santa Sede naturalmente alentaba estas expediciones, cuyo doble objeto era el descubrimiento de nuevas tierras y la propagacion del cristianismo. Para dar el Padre Santo una prueba de su benevolencia hácia los generosos sentimientos del príncipe, concedió á la corona de Portugal derecho de soberanía sobre todas las regiones bárbaras que descubriera, desde el cabo Bojador hasta las Indias Orientales. Y al propio tiempo que el Sumo Pontífice amenazaba con los anatemas de la Iglesia á cualquiera que osara dificultar aquellas bienhechoras expediciones, concedia indulgencia plenaria á todos los que, formando parte de ellas, murieran en el cumplimiento del deber. Si la capital del mundo cristiano aplaudia aquellos esfuerzos, las ciudades marítimas de Italia, las repúblicas del litoral se preocupaban tambien con ellos, pero con distinto fin, atendiendo más bien á sus intereses ame-

(1) «O Infante como seu principal intento em descubrir estas terras era attrahir as barbaras nacõs ao jugo de Christo, etc....»—João de Barros, *Da Asia*, década 1, lib. I, cap. vii, pág. 57.

(2) Lafiteau, *Historia de los Descubrimientos y Conquistas de los Portugueses en el Nuevo Mundo*, lib. I, cap. 1, pág. 15.

nazados. Circulaba el rumor entre los marinos de que el infante don Enrique intentaba dar con sus carabelas la vuelta entera al África hasta el mar Rojo y el golfo Pérsico; de donde se seguiría que los genoveses y más particularmente los venecianos, que tenían el monopolio del transporte de los productos del Oriente, verían perecer ó menoscabarse su lucrativo comercio. Los pilotos de la Liguria y del Adriático, establecidos en Lisboa, no dejaban de participar á sus familias las noticias de África que enviaban directamente á las orillas del Tajo.

La muerte del infante don Enrique disminuyó el impulso que su genio daba á los descubrimientos; sin embargo, Lisboa era todavía la ciudad de los progresos marítimos. Allí se hallaban los más hábiles constructores de barcos, se vendían los mejores planisferios, las obras de astronomía más notables, se hacían los mapamundis, las cartas marinas más exactas y abundaban los pilotos inteligentes. El nombre de piloto designaba entonces todo oficial de mar que no mandaba en jefe un buque; aplicábase también á los capitanes lugartenientes en la marina militar. Los tenientes de navío se llamaban pilotos. Muchísimos marinos atraídos á Lisboa por la munificencia del príncipe matemático, continuaban residiendo allí á pesar de la muerte de su real protector.

No debe, pues, sorprendernos que el piloto Bartolomé Colon, hermano segundo de Cristóbal, se estableciera allí, aunque tardíamente, á fin de utilizar su talento y conocimientos geográficos, cuya superioridad no puede negarse. Su sobrino, don Fernando, cuya excesiva modestia le obligó siempre á disminuir el mérito de los suyos, á la par que dice que era hombre de pocas letras, no repara en confesar su elevada discrecion y su arte para la composicion de esferas. Uno de sus contemporáneos, secretario del Senado de Génova, Antonio Gallo, habla de su establecimiento en Lisboa, y de su habilidad en el dibujo de los mapas para el uso de los navegantes (1). Otro de sus contemporáneos, Agustin Giustiniani, certifica esta superioridad, y llega hasta pretender que Cristóbal Colon aprendió de él á dibujar los mapamundis. Muñoz dice que era juicioso, muy experimentado en la navegacion, hábil en dibujar mapas y construir instrumentos para el arte náutico (2). Otros hechos que citaremos en su lugar correspondiente justifican esta opinion.

Así pues esperando mejores tiempos, vivía Bartolomé Colon de lo que le proporcionaba el arte geográfico, entonces bastante lucrativo, y abrió con satisfaccion su casa á su hermano náufrago, pues sentía por él cierta ternura acompañada de

(1) Sed Bartholomeus minor natu, in Lusitania, demum Ulissipone constiterat, ubi intentus quæstui tabulis pingendis operam dedit, queis ad usum nauticum, etc.—Antonio Gallo, *De navigatione Columbi per inaccessum antea Oceanum commentariolus*.

(2) Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, tom. I, lib. II, § 22.

veneracion. Esforzóse cuanto pudo por tenerle á su lado; sin embargo, no le fué gravosa la hospitalidad. Cristóbal Colon tenía un carácter de letra magnífico, y manejaba tan hábilmente el lápiz y el pincel como la pluma. Hacía también mapas y planos, y se ocupaba en copiar manuscritos, trascribir libros raros, pues por lo reciente de la invencion de la imprenta, la tipografía estaba todavía en Portugal en su infancia; no era fácil hallar cajistas, y por consiguiente, los libros se sostenían á gran precio. Y como su amor á la Geografía, su aficion al estudio, le habían hecho familiares las obras más estimadas de los lectores del puerto de Lisboa, las compraba para venderlas otra vez oportunamente, y de esta manera hacía un pequeño comercio de libros de lance. No sólo subvenía por este medio á sus propias necesidades, sino que con su economía y las privaciones que le impuso su ternura filial, podía suavizar en algo la poco afortunada vejez de su padre. El historiador de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, su enemigo, atestigua que en Lisboa, y en otras partes, y donde quiera que estuvo, «cuidó siempre de proveer á las necesidades de su padre (1),» á pesar de lo apurado de su propia situacion. El gracioso exterior de Cristóbal Colon le había facilitado relaciones entre los marinos, y captado la mejor acogida en las casas de varios comerciantes genoveses establecidos en Lisboa. Jamas olvidó la amabilidad de sus compatriotas Antonio Vazo y Luis Centurion Escoto. Acordábase de los favores recibidos de Pablo de Negro, á la par que de la complacencia del hijo de Nicolas Espindola, de Lucoli (2); y pagó con la inmortalidad la benevolencia de sus amigos, trasmitiéndonos los nombres oscuros de estos estimables comerciantes.

Entre los contemporáneos de Colon, tres escritores particularmente intentaron describirle, y por los rasgos de sus descripciones se puede formar una idea muy aproximada de su persona. Son: primeramente su segundo hijo, don Fernando Colon, que se constituyó en biógrafo suyo; despues el archicronógrafo imperial Oviedo, quien le veía muy á menudo en palacio por sus funciones de paje del infante don Juan, y últimamente, el célebre Bartolomé Las Casas, quien, como su padre, había recibido de él favores personales. Cada uno de estos historiadores, de los cuales ninguno copió á los otros, hizo á su modo el bosquejo más bien que el retrato del grande hombre. Sus pormenores, sin embargo, demasiado compendiados, se completan por medio de otros testimonios que tienen también su importancia: tal es el del milanés Girolamo Benzoni, que visitó el Nuevo Mundo mientras vivían aún allí los recuerdos del que lo había hallado, y pudo hablar en aquel país con muchísimas personas que ántes habían servido á sus órdenes. Los

(1) Oviedo y Valdez, *Historia natural y general de las Indias*, etc., lib. II, cap. II.

(2) Testamento del Almirante, *Apuntacion á continuacion del Codicilo de mano propia del Almirante*.—Docum. dipl., núm. CLVIII.

historiadores, acordes perfectamente acerca de la fisonomía de Colon, la forma de sus facciones, el color de los ojos, la tez, el cabello, difieren algo respecto de su estatura. Sin embargo, hay datos seguros que excluyen la más leve duda, porque es cierto que Cristóbal Colon era de estatura elevada. Sábese además que el intrépido Bartolomé Colon, dotado de una constitución atlética, era más bajo que su hermano mayor. Las Casas que conocía á los dos, lo dice positivamente (1).

Exceptuando pequeños intervalos, los principales acontecimientos de la vida de Cristóbal Colon se desarrollan con no interrumpido orden, desde su estancia en Lisboa, y quedan enteramente accesibles á la investigación, ó hablando propiamente, aquí comienza su historia.

El primer hecho que debemos consignar, después de su casi maravilloso arribo á Portugal, el cual corresponde á sus hábitos piadosos, es la edificante asiduidad con que asistía á las funciones religiosas, y por consiguiente la época de su vida que fué para él la más propicia para mostrar su genio, ensanchar sus facultades comparativas, confirmarse en su vocación, y comunicar con los sabios y los grandes de la tierra.

## § II.

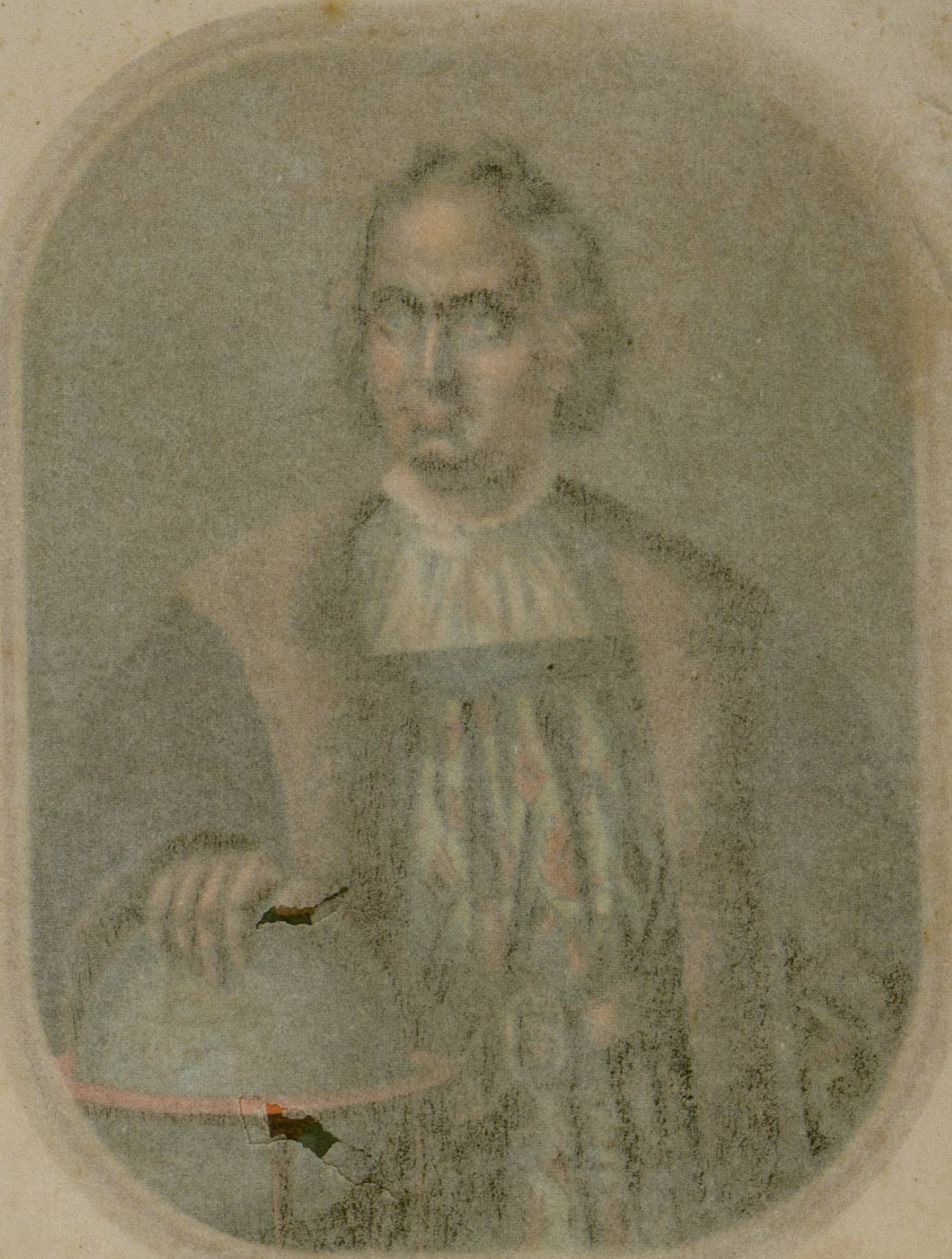
Había cumplido entonces Cristóbal Colon treinta y tres años, y alcanzado el complemento de su vigor físico y de su perfección intelectual. Su estatura elevada tomaba de su robusta complexión una varonil elegancia que realizaba su firme apostura, tan naturalmente adecuada á su carácter. Su rostro prolongado presentaba un óvalo exacto. Si bien era algo ancho de juanetes (2), sus mejillas bastante redondeadas suavizaban el contorno, y, por una insensible disminución, continuaban las armónicas líneas de su barba. Lo espacioso de su noble frente revelaba lo vasto de su inteligencia. Sobre el arco de sus cejas parecía pesar una augusta meditación, é imprimíales una lijera arruga. En sus ojos garzos (3) brillaba tranquila serenidad. El arco de su nariz aguileña (4) terminaba en ventanas correctas aunque algo anchas en su base. Las extremidades bastante

(1) «Era persona de muy buena disposición: alto de cuerpo aunque no tanto como el Almirante.»—Las Casas, *Historia general de las Indias*, lib. I, cap. CI, Ms.

(2) «Las mejillas un poco altas, sin declinar de gordo ó macilento.»—Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. III.

(3) «Los ojos vivos.»—Oviedo y Valdez. — «Los ojos garzos.»—Antonio de Herrera.

(4) «La nariz aguileña.»—Fernando Colon. — «El naso aguilino.»—Girolamo Benzoni.



CRISTÓBAL COLON